

nuestro siglo, la política indigenista y los centros académicos que han surgido en la Universidad Nacional, El Colegio de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia. En ellos y en algunas universidades de provincia se ha creado una atmósfera de docencia y de investigación de nivel mundial, tanto en lo que se refiere a lenguas indígenas como al español.

Nombres, libros y revistas nos permiten calibrar la existencia de una filología y una lingüística mexicana bien consolidadas con un lugar destacado en el mundo académico especializado en estas materias. Por ello Beatriz no duda en lanzar dos conclusiones que nos harán reflexionar. Primera, que “nuestra situación lingüística ha sido siempre extraordinariamente complicada y rica pues la Nueva España no fue un territorio despoblado y sin cultura”. Segunda, que “si los filólogos y lingüistas de lenguas amerindias y del español hemos estado incomunicados... hay que romper este aislamiento ya que ni “el español es la única lengua viva de México, ni las lenguas indígenas son reliquias habladas por unos cuantos”.

Pensando en este trabajo y en otros de los aquí presentados creo que podemos concluir que México tiene mucho que ofrecer a la lingüística universal. Tierra de muchas y muy distintas lenguas, en ella se han elaborado, desde el siglo xvi, investigaciones de vanguardia en la lexicografía, gramática y toda clase de textos históricos-filológicos. También en ella se han logrado estudios fundamentales dentro de la moderna corriente lingüístico-antropológica que establece una intensa relación entre lengua y pensamiento. Libros como éste sirven para recordarnos todos estos logros y para emprender nuevas búsquedas que mucho beneficiarán a las gentes de la Vieja y Nueva España.

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

PILAR MÁYNEZ, *Religión y magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, UNAM, Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Acatlán, 1989, 364 p.

El tiempo que corre entre 1558 y 1570 fue quizá, desde un punto de vista académico, el más fecundo en la vida de Bernardino de Sahagún. Doce años durante los cuales recogió un cúmulo de información de labios de “viejos pláticos”, de sus colaboradores trilingües, de libros de

pinturas, de todo lo que veía y oía a su alrededor. Repartidos entre Tepepulco, Tlatelolco y México, estos años fueron cruciales para la génesis y elaboración de la que sería su magna obra, la *Historia general de las cosas de Nueva España*, que no es otra cosa que una de las grandes enciclopedias de la humanidad donde se guarda la sabiduría sobre el México antiguo.

Después de 1570 vinieron días difíciles para fray Bernardino, bien sabido es. Pero de nuevo en 1575 y gracias al favor de fray Rodrigo de Sequera, aquel cúmulo de información recogido pudo estructurarse en doce libros, en náhuatl y español, los cuales han llegado hasta nosotros custodiados en la Biblioteca Medicea Laurenciana de Florencia. Encuadrados en tres volúmenes constituyen el extraordinario *Códice Florentino*, joya preciada entre los manuscritos renacentistas.

En el prólogo al libro I, Sahagún muestra dos grandes preocupaciones, que son también los dos móviles de su obra. La primera de ellas es "que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron... no tengan ocasión de quejarse de los primeros por haber dejado a oscuras las cosas destos naturales". La segunda, de índole lingüística, es tan importante como la primera y la deja ver en varias ocasiones. Por ejemplo, en el prólogo citado cuando compara su obra con "una red barredera para sacar a luz todos los vocablos desta lengua con sus propias y metafóricas significaciones y todas sus maneras de hablar". Más explícitamente en la última parte del prólogo del que venimos hablando muestra su interés lingüístico al decir:

Quando esta obra se comenzó, comenzóse a decir de los que lo supieron que se hacia un Calepino, y aún hasta agora no cesan muchos de me preguntar que en qué términos anda el Calepino. Ciertamente sería muy provechoso hacer una obra tan útil para los que quieren deprender esta lengua mexicana como Ambrosio Calepino la hizo para los que quieren deprender la latina... pero ciertamente no ha habido oportunidad... pero eché los fundamentos para quien quisiere con facilidad le pueda hacer porque por mi industria se han escrito doce libros de lenguaje propio y natural desta lengua mexicana donde... hallarse han también en ella todas las maneras de hablar y todos los vocablos que esta lengua usa, tan bien autorizados y ciertos como los que escribió Virgilio y Cicerón y los demás autores de la lengua latina.

Años después, Jerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada y otros cronistas y bibliógrafos de los siglos XVII y XVIII siguen hablando del Calepino de Sahagún para referirse a la *Historia general*. Ante tal he-

cho cualquier lector se puede preguntar ¿quién es este Calepino que tanta huella dejó a ambos lados del Atlántico?

Ambrosio Calepino, agustino italiano publicó en 1502, en Regio, un vocabulario, en latín y griego, que pronto se haría famoso. A lo largo del xvi salieron varias ediciones cada vez más enriquecidas a tal grado que la fechada en Basilea, 1590, incluía once lenguas. Los Calepinos, llegaron a ser como inmensas computadoras renacentistas al servicio de la traducción y comprensión de lenguas. La enorme aportación lexicográfica que en ellos se contiene explica su fama y el gran número de veces que se editaron hasta fines del siglo xviii.

Pero, volviendo a Sahagún, como muy bien profetizó, dejó los fundamentos para que otros elaboraran el *Calepino* de la lengua mexicana. Y he aquí que, después de cuatro siglos, Pilar Máynez se ha lanzado a tal empresa. Una empresa ciertamente difícil, laboriosa, que exige dedicación y mucho tiempo. Pero dado que fray Bernardino dedicó tantos años a redactar y pulir su *Historia general*, Pilar tiene tiempo por delante para elaborar poco a poco, su *Calepino* de la lengua mexicana.

Su libro intitulado *Religión y magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, es ya un gran paso. Es seguro que como en el caso del *Calepino* de 1502, el trabajo de ella sea el primero de otros mucho más amplios hasta llegar a la meta que se ha fijado, la de analizar los miles de préstamos nahuas que son parte esencial del texto castellano del *Códice Florentino*. Cuando esto se haya logrado tendremos un verdadero tesoro lexicográfico, una enorme computadora sobre "las propias y metafóricas significaciones" de la lengua mexicana. Semejante trabajo no sólo dará luz sobre el significado de palabras que faltan en los Vocabularios de Molina, Siméon y otros sino también sobre infinidad de conceptos, siempre dentro del marco cultural en que están usados. Con ello quiero resaltar que no será un léxico más de contenido lingüístico, lo cual es ya valioso en sí mismo sino también un léxico con honda penetración en un contexto etnohistórico; en una palabra, servirá para captar la relación entre lengua y cultura, para esclarecer la visión del mundo interior, del pensamiento de los pueblos nahuas.

Esta es la intención de la autora expresada en varias ocasiones a lo largo de su libro, que fue presentado como tesis de maestría en la Universidad Nacional. En él anuncia la utilidad de estudiar los miles de préstamos ya citados; integran ellos, nos dice, un gran *corpus*, estructurado en seis categorías: religión y magia; arte y artesanías; organi-

zación social y política; economía; geografía y, por último, conocimiento científico.

En su libro, Pilar Máynez aborda el estudio de 762 préstamos referentes a la primera de las categorías enumeradas, es decir a religión y magia, o como decía el propio Sahagún, lo concerniente a "lo divino". Este es el tema medular. Pero como toda investigación el tema propiamente dicho está precedido de ciertas consideraciones introductorias que abren camino y facilitan la comprensión. En este caso son dos: una breve bio-bibliografía de Sahagún y una explicación del método que la autora ha escogido para realizar su trabajo.

Respecto de la bio-bibliografía Pilar hace una síntesis de los momentos más sobresalientes de la vida del franciscano siempre en relación con los escritos que integran la *Historia general*, en particular con el *Códice Florentino* que es, precisamente, el estudiado. Destaca la calidad artística y sobre todo el logro lingüístico que en él se guarda plasmado en los dos textos, el castellano y el mexicano. Logro que, dice ella, nos lleva "a un conocimiento de la lengua y sentir indígenas, y con esto (Sahagún) se adelantó a lo que Sapir, siglos después consideró como principio básico de cualquier estudio antropológico".

Acerca de la segunda cuestión, es decir del método utilizado vale la pena resaltar el esfuerzo realizado por la autora para lograr claridad y profundidad en el tema tratado. Un primer paso en este sentido, lo constituye la grafía de que sirve, orientada a unificar lo más posible, con los menores cambios, la escritura vacilante del siglo xvi, tanto en lo referente a voces nahuas como españolas.

Mucho más importantes es, dentro de este renglón de la metodología, la articulación del léxico escogido, es decir, de los 762 préstamos nahuas. Están ellos distribuidos en siete secciones, lo cual facilita mucho su comprensión: divinidad, ritos y ofrendas, pensamiento mágico, oficios y servicios religiosos, indumentaria y atavíos, fiestas y ceremonias y objetos y lugares sagrados. Esta distribución se hizo teniendo en cuenta los *semas*, o rasgos distintivos de las palabras. De esta forma se hicieron los grupos de palabras *hipónimas* en torno a un concepto nuclear, de amplio significado, de un *hiperónimo*, que funciona como cabeza de sección. Los hipónimos se distribuyen en orden alfabético y cada uno de ellos va acompañado de su traducción al español y de la correspondiente cita o citas textuales que reproducen el contexto en que aparecen en el *Códice Florentino*.

Tal procedimiento era esencial para poder lograr la finalidad del estudio que, repetimos, es la de analizar los préstamos como vehículos

de transculturación lingüística. Por ello el capítulo dedicado a este tema es uno de los más importantes del libro. Gracias a un análisis de tal índole, podemos percatarnos de los pormenores de un proceso de interrelación de lenguas y culturas como pocas veces se ha logrado en la historia. Los escritos de Sahagún son únicos para documentar este proceso, en particular el *Códice Florentino*, que es un repositorio singular no sólo por ser un texto bilingüe sino también porque Sahagún tuvo especial cuidado de aderezar su texto castellano con multitud de palabras nahuas y de explicarlas con objeto de que los lectores europeos pudieran acercarse a las realidades de un mundo que, "por extrañío se llamó Nuevo", según nos dejó escrito Francisco López de Gómara.

El contextualizar los vocablos nahuas hace posible alcanzar otra de las finalidades que la autora se propone en su estudio, la de ver hasta dónde se puede lograr la traducción de conceptos de una lengua a otra. El problema de la traducción ha sido y es una cuestión que ha preocupado a muchos lingüistas como muy bien lo hace ver Pilar Máñez en su capítulo relativo a "Consideraciones teóricas sobre el problema de la traducción". En un estudio como el presente no podía faltar un tratamiento de este tema. Concluye Pilar que frente a las grandes dificultades de la traducción, "se puede recurrir a diversos procedimientos que establecen una aproximación o equiparación de significados entre dos lenguas y ésta precisamente fue una de las posibilidades que Sahagún vislumbró para la traducción y definición de los préstamos nahuas que aludían a conceptos específicos del mundo mexicano" (p. 74).

Varios son los procedimientos seguidos por el franciscano que Máñez describe. Entre otros señala la relación de identidad, expresada por medio del verbo *ser*, la de similitud con el adverbio *como*, la de sinonimia, mediante la conjunción *o*; la traducción literal con ayuda de la partícula *quitznequi*; la aposición, reduplicación y las grandes perífrasis en casos más difíciles. Al analizar estos procedimientos, Pilar pone de relieve el éxito logrado por Sahagún al explicar los conceptos desconocidos para los europeos con gran precisión y detalle; y, a la vez, cómo el pensamiento del fraile va penetrando más y más en la sensibilidad de la cultura nahua en la que, finalmente, quedó atrapado.

En resumen, ¿pudo Bernardino traducir los conceptos religiosos y mágicos del pensamiento de los nahuas? He aquí una pregunta que ha sido planteada por muchos lingüistas y que la autora vuelve a hacerse consciente de la dificultad de ser respondida. Pilar concluye que Bernardino, en gran medida, pudo traducir los citados conceptos, adentrándose en dos culturas y encontrando los recursos apropiados para

verter las ideas de una lengua a la otra. Una vez más toma vida la famosa proposición de Guillermo de Humboldt, para quien lengua y cultura son inseparables.

La tesis de maestría de Pilar Máynez revela la madurez de su autora y es sin duda, una aportación de gran valor para historiadores, lingüistas y filólogos. Esperemos que, como anuncia en el último párrafo de sus conclusiones, prosiga en la difícil tarea de clasificar y estudiar los préstamos del *Florentino*. Ojalá sea ella quien logre, después de varios siglos, la elaboración del famoso *Calepino* que el franciscano no pudo hacer pero que siempre esperó que alguien lo hiciera. Por lo pronto podemos comprobar una vez más, que las lenguas, lejos de separar, establecen un puente de comprensión de los hombres entre sí, aunque provengan de culturas radicalmente diferentes.

Ascensión H. DE LEÓN-PORTILLA

